

En uno de los últimos libros se publicó la fotografía del banquete dado a Melquiades Alvarez para celebrar su triunfo electoral en el distrito. Había infinidad de caras conocidas en el espléndido patio de la casa de Don Oliverio, pero la presidencia no se veía porque él, con su gran humanidad y movilidad por entre las columnas, lo impedía.

Ahora he tropezado con una hoja del "Nuevo Mundo" del 30 de mayo de 1907, que me dió el fogoso alcazareño Fermín Alaminos y se reproduce por curiosidad y por lo que se pueda ver con el tiempo.

Figuran en ella, de derecha a izquierda, destocado, Ecequiel Ortega, que tal vez estuviera como Alcalde, aunque no recuerdo si lo era, pero que lo sería del Conde en todo caso, el candidato derrotado y su presencia al lado de Don Melquiades, que es el que sigue, muy puesto de corbata blanca que era usual en él y sombrero hongo, demuestra dos cosas que deben consignarse: la capacidad de adaptación de Ecequiel a las situaciones, aludida ya muchas veces y las cualidades de flexibilidad de la política alcazareña que jamás creó enconos invencibles. Ese día, como se explicó en la otra fotografía, estaban en el patio de Don Oliverio, todos los republicanos de la comarca y de Alcázar el núcleo más representativo. Pues bien,



Ecequiel en la presidencia sin intranquilidad por su parte ni extrañeza por la de nadie. Y hasta más vistoso que en toda su vida.

El que sigue a Don Melquiades, también con sombrero hongo, pajarita y barba es Don Tomás Romero, herenciano, redactor de EL LIBERAL que llegó a ser Diputado por aquí. Le sigue un señor de sombrero flexible y barba corta seguramente muy conocido pero que no logro identificar. La máquina del fotógrafo redujo demasiado el campo o no daba más de sí en aquella época, pero hubiera convenido ver toda la presidencia por la significación de las personas que la ocuparan.

Obsérvese lo cualificado de la fruta, las botellas de barro blanco de Ocaña con agua de Valcargao y las del vino empapeladas y negras como signo de calidad. A Don Oliverio no era fácil untarle la oreja por esplendidez ni que a él se le arrugase el ombligo por el derroche, y puede que esas manzanas fueran traídas desde Asturias para que el gallito de Don Melquiades, (el "Chantecler" le decían en el Congreso), pudiera cantar en La Mancha ponderando los frutos de su tierra.